



ESCRIBE
Jorge
Edwards

1904 28

3660

La esclerosis de la revolución

Parece demostrado que las revoluciones, que son espontáneas, juveniles, creativas en sus comienzos, sufren un proceso de envejecimiento rápido. Existe un anquilosamiento, una esclerosis de las revoluciones. Pensamos en el joven Robespierre, en el Lenin de la Plaza Roja, en los guerrilleros de la Sierra Maestra. Con el tiempo mueren y se convierten en mártires, leyendas, mitos, o sobreviven, para desgracia de sus países, y se transforman en dictadores anclados y más bien reiterativos obatinados, majaderos. La Revolución Francesa fue derrotada bastante pronto, por suerte para ella. José Stalin, en cambio, envejeció, y envejeció muy mal. Los testimonios que se conocen ahora son impresionantes. Se convirtió en un viejo cruel y cínico, que dedicaba la mayor parte de su tiempo a tomar champaña, a ver películas norteamericanas del Oeste, a recibir los informes de su policía secreta y a ventenar a sus compatriotas.

El dirigente revolucionario que ha mantenido una leyenda en vida durante más largo tiempo es Fidel Castro. De eso no cabe duda. Pero esa leyenda se resquebraja ahora con una rapidez vertiginosa, y el mismo contribuye a eso con sus declaraciones. Su discurso político reciente suele ofrecer muestras antológicas de este fenómeno de esclerosis. Y los textos oficiales cubanos también llevan un lastre de lenguaje repetido, cansado, vagamente paranoico. Ahora tratan de convencernos, por ejemplo, de que la votación contra Cuba en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas es el resultado exclusivo de "las maniobras y chantajes" de Washington. Nosotros sabemos algo de estas cosas. En un pasado cercano, las votaciones contra nosotros no eran una respuesta frente a atrocidades reales, perfectamente demostradas, sino el producto de oscuras conspiraciones del comunismo internacional. Se echó la culpa a terceros, se lavaba el argumento eterno de la persecución. La Revolución, que desde hace mucho años persigue toda disidencia, toda discrepancia, toda tibieza, se declara perseguida. Es una paradoja que parece formar

parte de su naturaleza más esencial. En una época se decía que mi crítica del castrismo era la consecuencia de un delirio mío de persecución, esto es, de una enfermedad mental. Yo habría padecido de visiones malignas en esa isla paradisíaca. Guillermo Cabrera Infante, el novelista de *Tres tristes tigres*, que conocía bien estos asuntos, me escribió en una carta de esos años: "No hay delirio de persecución allí donde la persecución es un delirio".

Ya era un delirio en 1971, aunque muchos no quisieran verlo así, y es un delirio mucho más grave ahora, 21 años más tarde. La resolución de las Naciones Unidas se refiere a "turbas" manejadas por la policía secreta y utilizadas para amenazar a los disidentes. No sé si este párrafo es o no de redacción norteamericana; sé, en cambio, y esto es mucho más importante, que se refiere a un caso concreto y comprobado. A comienzos del año pasado un grupo de escritores, en su mayoría jóvenes, no muy conocidos, pero miembros todos de la UNEAC, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, publicó un manifiesto de tono moderado, razonable y atendible, que pedía una democratización negociada y gradual del régimen. La promotora principal de esta iniciativa, según los rumores que salían de la isla, era una escritora de poesía de apellido, si no me equivoco, Cruz Varela. Lo interesante del asunto era que el manifiesto salía de adentro y se presentaba a cara descubierta, con nombre y firmas. Muchos pensaron en ese momento que el grupo sería aplastado de inmediato, sin la menor consideración por la opinión pública internacional. Otros, con probable ingenuidad, creyeron que podría ser el origen de un movimiento de reflexión y de alternativa. Hubo algunos meses de expectación y de relativa esperanza, hasta que el régimen intervino en forma implacable. Una turba, encuadrada por miembros de la policía vestidos de civil y armados, se presentó frente a la casa de la escritora. La multitud rompió las ventanas, derribó la puerta y destruyó todo lo que encontró a su paso en el primer

piso. La autora, que se encontraba en el segundo piso, fue arrastrada por los cabellos, a rodar, a espasmos, a golpes, hasta la calle. Ahí fue obligada literalmente a comerse varias hojas del manifiesto de ella y de sus amigos. En seguida fue llevada a la cárcel y, de acuerdo con mis noticias, sigue presa.

Si los norteamericanos no hubieran presentado esa resolución, otro país habría tenido que presentarla. De eso estoy seguro. Hablar de manipulaciones, de presiones, de chantajes, no pasa de ser una tontería cínica, que no convence a nadie. No es por miedo a las "represalias yanquis", como sostiene Prensa Latina, que países como Argentina, Uruguay, Costa Rica y Chile han votado en favor de la condena. ¿Cuáles podrían ser esas truculentas represalias? Lo que ocurre, sin duda, es que en Argentina, Uruguay, Chile, esos procedimientos, esas formas de fanatismo, esa crueldad, remiten a una barbarie ya muy conocida y que nadie quiere que se reproduzca. Exactamente lo mismo ocurre en Rusia, Checoslovaquia o Hungría. Todos reconocemos de inmediato el lenguaje de la intolerancia y de la violencia detrás de los pretextos ideológicos. Frente al calvario de la escritora Cruz Varela, frente a la persecución sistemática y muy antigua de los defensores de los derechos humanos en Cuba, mucho más allá de la que se practicó en los peores momentos de la dictadura chilena, frente a fanáticos sin dolo proceso y por delitos que no alcanzaron a consumarse, no hay principio de no intervención que valga. Nuestra experiencia histórica nos indica, precisamente, que tenemos la obligación de intervenir. Y el hecho de que los países del Cono Sur que han salido de dictadura hayan votado junto a un país pequeño, pero dotado de una democracia sólida, como es el caso de Costa Rica, y junto a las naciones más importantes de Europa del Este, tiene una significación extraordinaria. A pesar de todas las dificultades, permite sentirse más o menos optimista con respecto a este final de siglo.

La Segunda 6-111-4902 7-10	DIRECTOR: Cristina Rojas Arzú	EDITORIA: Servicio Informativo Pablo Vargas Tasso	REPRESENTANTE LEGAL: Jorge Kulla Frenkel	DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES: AVDA. SANTA MARÍA 5342 FONO 228 7777 (Mesa Central)
--------------------------------------	---	--	--	---

La esclerosis de la revolución [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La esclerosis de la revolución [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile